

DE ACTUALIDADES

LA DEMOCRACIA EN EL MUNDO MODERNO

El texto que se publica a continuación es el discurso que leyó Enrique González Pedrero en la inauguración del encuentro sobre "La democracia en el mundo moderno", que se realizó en la ciudad de México entre el 19 y el 22 de enero pasado, y que fue organizado por la Universidad Nacional Autónoma de México y la Asociación Mexicana de Ciencia Política.

Nos hemos reunido para hablar sobre un concepto fundamental de la reflexión política: la democracia. Iniciamos un Coloquio, es decir, nos proponemos dialogar en libertad acerca de un sistema de convivencia que debiera presuponer, aunque no siempre sea así, el ejercicio de la libertad. ¿Habla-remos todos del mismo fenómeno o iniciare-mos un monólogo colectivo donde cada quien hablaría de democracia sin estar hablando de lo mismo?

Es raro encontrar a alguien, en esta época, que no profese ser partidario de la democracia. La palabra misma se ha vuelto fuente de legitimidad, como si bastara con calificar algo de democrá-tico para hacerlo válido y justificable. Es posible, así, defender a una tiranía adu-ciendo que está en vías de construir la democracia. Pero, sin caer en esos vi-cios de lenguaje, los sentidos que pue-den darse al concepto son tan diversos que lo mismo se elogia por aquí a un ré-gimen bipartidista como verdadero ejemplo de democracia que por allá a un sistema pluripartidista o en otras la-titudes al sistema de partido único.

Suele caerse, por otra parte, en la oposición maniquea entre una demo-cracia que dice buscar la igualdad y otra que afirma buscar la libertad, supo-niéndolas antagónicas e irreconcilia-bles. Por un lado, las democracias occi-dentales son calificadas de liberales porque postulan a la libertad como el máspreciado valor social del que se de-rivan otros igualmente fundamentales:



sufragio universal, equilibrio de podedes, pluralismo ideológico. La democra-cia liberal estableció la fórmula de un gobierno de mayoría con respeto irrest-ricto de los derechos de la minoría. Pero no excluye las desigualdades, pro-porcionando así a los sistemas donde la libertad de hoy se difiere por la hipotéti-ca libertad de mañana, argumentos para sostener que el mundo occidental sólo profesa una libertad formal puesto que tolera, en la práctica, la explotación del hombre por el hombre. Para los que impugnan a la democracia liberal, el Es-tado no sería en ella más que el instru-mento de opresión de una clase sobre otra. Por otro lado, en el proyecto de li-beración del hombre que proponen las democracias del Este, la meta sería una sociedad sin clases que abriría caminos de igualdad para todos y en todos los órdenes. La democracia no pasaría, en suma, por el ejercicio de la libertad si-no, más bien, por la supresión de la ex-plotación. O, si se prefiere, bastaría con ser iguales para ser libres.

A la ciencia política corresponde describir el fenómeno democrático en toda su variedad, explicarlo en sus cau-sas y consecuencias y detectar las constantes, sin olvidar que la realidad es siempre infinitamente más rica que la teoría. La democracia griega, vigente para quienes gozaban de la ciudadanía en una sociedad que admitía la esclavi-tud no es idéntica a la que floreció en las comunidades rurales de la Nueva

Inglaterra del siglo XVIII o la que se practica en la sociedad de masas, urba-na y compleja, de nuestros días. Pero, además ¿cuántas de las numerosas realidades que, por razones de ideolo-gía, o de lucha política o de convenien-cia táctica se visten con la casaca de-mocrática lo son sustancialmente?

Libertad e igualdad no tendrían que ser términos excluyentes: si la conquis-ta de la igualdad debe hacerse en la li-berdad, la salvaguarda de la libertad no puede prescindir de la aspiración iguali-taria. Si es verdad que la libertad de ex-plotar no propicia la democracia, tam-poco la fovece la supresión de liberta-des en aras de una sociedad supuesta-mente igualitaria. ¿No estaría, más bien, la democracia auténtica en aquel punto de difícil acceso donde se conciliará, realizándose ambas plenamente, igualdad y libertad?

La democracia no es un fenómeno dado sin un sistema en gestación cons-tante. El prodigioso y siempre frágil equilibrio entre consenso y disenso, en-tre mayorías y minorías, sustenta la dia-léctica democrática: la libertad no ha de degenerar en anarquía ni las mayo-rías han de encerrar a las minorías en las trampas de un consenso totalitario. La democracia es un proceso dinámico que no admite dogmas ni ortodoxias. No se pierde el poder de una vez y para siempre en un sistema democrático. Tampoco se gana para perpetuarse en él. La contienda democrática supone

prescindir de la violencia. El recurso de la violencia compromete la validez de las razones que se sustentan. La pluralidad es condición de la democracia y garantiza el derecho de los derrotados de hoy a convertirse en los triunfadores de mañana. El Otro no es, en la democracia, enemigo irreconciliable sino tan sólo adversario legítimo, interlocutor válido. Donde no rige la democracia, la dicotomía amigo-enemigo engendra contradicciones que sólo se resuelven a través de la rebelión y la represión.

La democracia que practicamos en México es el resultado de un principio que surgió como consigna política de la Revolución de 1910: "Sufragio efectivo. No reelección." El *sufragio efectivo*, voto libre, es el meollo de la moderna democracia occidental, el origen de las organizaciones políticas y sindicales de masas, del pluralismo partidista e ideológico, de la pugna que normada por el derecho garantiza a la mayoría el gobierno de las instituciones. La *no reelección* es el resultado de la experiencia de México en su lucha contra la dictadura: el dique que nos permite mantener abierto el acceso a los puestos de mando y que hace posible que las generaciones se entrecrucen y se sucedan en el manejo de la cosa pública. En última instancia, es preferible y menos costoso el riesgo de la discontinuidad de programas, en beneficio de la movilidad social y política que está implícita en la no reelección, que la ruptura histórica.

La política mexicana se sustenta, pues, en las arenas movedizas del conflicto, en el diálogo de la contradicción. Esta política ni pretende la infalibilidad doctrinaria ni el monolitismo de la sociedad-Estado-demiurgo pero, tampoco, la comodidad de un Estado que por espectador dejaría de ser Estado. Este Estado se equivoca pero, reconociendo los errores cometidos, sabe rectificar. Toma partido por las mayorías pero respetando los derechos de las minorías. Y es fuerte tanto por ser el Estado de la mayoría cuanto por el respeto de las minorías discrepantes. Es, a pesar de todo, Estado de todos. No es el Estado de una sola clase sino un conjunto pluriclasista: por ello es mayoritario pero, también por ello, contradictorio. Con una economía que admite la iniciativa privada, la pública y la social, con todos los tironeos y riesgos que esto implica. Naturalmente, hay un partido mayoritario que, de acuerdo con el

principio democrático, gobierna. Pero las minorías tienen reconocimiento en el Poder Legislativo de acuerdo con su densidad y, en cuanto partes del Poder, son corresponsables y partes del Estado.

Ahora bien ¿esta democracia nuestra es acaso *la* democracia por excelencia? No pretendemos que así sea. Es una forma de practicar la democracia susceptible de perfeccionamiento y en proceso de transformación y enriquecimiento. En este espacio concreto y con la historia que hemos forjado y que nos ha forjado, si la democracia mexicana no es *la* democracia ideal es la forma conveniente, posible y realizable. ¿La prueba? Está a la vista de todos.

La palabra democracia no alude sólo a una manera de gobernar sino a algo más importante: a la calidad, al talante de la vida. El hombre se enfrenta a su destino como interrogación abierta, como búsqueda incesante. La democracia es el ámbito más propicio para esa aventura. La verdad no es, en una democracia, monopolio de un Estado ni de una casta omniscientes. Allí se reconoce que las verdades son múltiples y se las busca cada día en medio de contradicciones e inseguridades. Es ese desafío lo que humaniza al hombre. La democracia se vuelve, así, sinónimo de camino y de destino.

Es difícil el camino de la democracia. Ha llenado desde hace mucho tiempo nuestros sueños. Ha germinado utopías que, al abandonar el "lugar inexistente" para encarnar en espacios y tiempos reales, la han traicionado más de una vez. Oscila, aquí y allá, entre la aspiración legítima y el mito. Pero nuestro oficio como estudiosos de la cosa pública no es el de profetas: nos corresponde apenas dismitificar, situar los hechos en sus dimensiones reales sin dejar por eso de advertir las grandes distancias que suelen mantener los hombres entre lo que sueñan y lo que hacen. Habrá que procurar, en este Coloquio, la objetividad de la ciencia para ceñir una de las manifestaciones más escurridizas de ese quehacer tan azaroso y tan poco "científico" que es el arte de la política. Discurrir y discutir con lucidez la naturaleza de la democracia es desplazar el ruido de la propaganda, de los dogmas y las ortodoxias, para crear un espacio de veracidad y de esperanza que es, justamente, el espacio democrático.

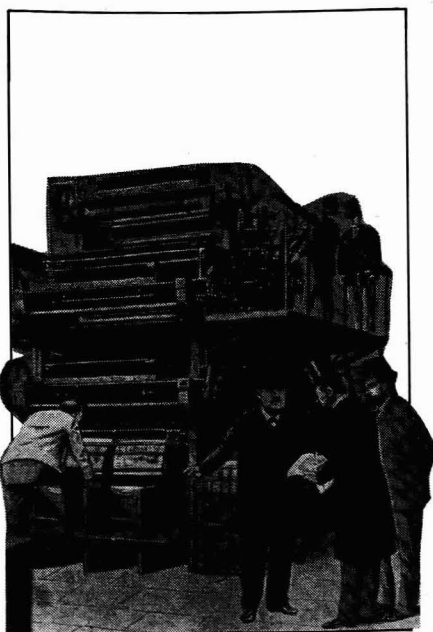
Enrique González Pedrero

CONTINUIDAD Y CAMBIO

El texto que se publica a continuación es el que leyó Alejandro Rossi en su toma de posesión como Director General de Publicaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, el pasado 25 de enero. El acto contó con la presencia del doctor Octavio Rivero Serrano, rector de la UNAM, y de otras autoridades universitarias. La *Revista de la Universidad* felicita a Rossi, su amigo, por este su nuevo cargo.

Cuando el Rector de la Universidad, el Doctor Octavio Rivero Serrano, me invitó a ocupar la Dirección General de Publicaciones, me dije —con una cierta arrogancia que ustedes sabrán perdonar— que nadie escapa a su destino. He andado entre libros mi vida entera: como lector, como impenitente visitador de librerías, como corrector de galeras y como asesor de colecciones. He sido traductor y hasta me ha tocado en suerte organizar, hace ya más de veinte años, la biblioteca del Instituto al cual pertenezco. También he sido —lo digo en sordina— el fugaz autor de un par de libros. Era natural, entonces, que —de tiempo en tiempo— pensara en la fascinante posibilidad de dirigir una Editorial. El momento ha llegado y yo agradezco que el nuevo trabajo se acomode tan armónicamente a mis gustos profundos. Que estas tareas, por añadidura, las pueda llevar a cabo en la Universidad de México —campo fatal de mis actividades, Institución que paciente-mente me ha soportado durante 24 años— es, lo repito con asombro y con respeto, una prueba más de que nadie escapa a su destino.

Se trata, pues, de dirigir una Editorial Universitaria. Entiendo que hay características que la distinguen de otras empresas dedicadas a la producción de libros. Por lo pronto, la independencia de estrechos criterios comerciales. Una Editorial Universitaria es, antes que nada, un *proyecto* y un *esfuerzo educativo*, lo cual no significa, por supuesto, que necesariamente deba estar en perpetua bancarrota económica. Es un mito —un mito a la vez interesado y bárbaro— la creencia de que los buenos libros no se venden o sólo se venden en innobles y degradantes adaptaciones.



Una Editorial Universitaria —y ésta sería la segunda nota definitoria— debe ser un ejemplo de rigor *editorial* y de rigor *crítico*. Rigor *editorial* aludo, naturalmente, a la calidad de sus libros y rigor crítico a la presentación académicamente impecable de los textos, ya se trate de un libro de filosofía, de un tratado científico o de un poema. Una Editorial Universitaria debe, además, recoger —aunque no indiscriminadamente, sino (como decía) con rigor editorial y con rigor crítico, el trabajo de los investigadores y profesores. Por último, una Editorial Universitaria también debe estar al servicio de necesidades didácticas específicas de la comunidad.

Si lo anterior es cierto, la Editorial Universitaria es un sitio privilegiado para influir en las vetas profundas de nuestra cultura. Porque una Editorial Universitaria no se asusta de publicar los llamados libros "difíciles": ya sea el consagrado y fundamental o el libro nuevo y decisivo. Porque una Editorial Universitaria no está atada a géneros, a consignas o inmediatas especulaciones financieras. Por eso —insisto— una Editorial Universitaria es el lugar ideal para publicar los libros esenciales de una época.

Estoy convencido, por otra parte, de que, en ciertos periodos de su historia editorial, la Universidad Nacional Autónoma de México ha estado a la altura de estas exigencias. Pienso en aquella Imprenta Universitaria y en aquella Dirección de Publicaciones que supo reu-

nir y atraer a los mejores escritores de nuestra lengua; que se atrevió a publicar los primeros libros de autores que el tiempo demostró esenciales; que supo *estimular* la escritura y que colaboró creativamente en la *invención* de libros; que se atrevió a rechazar, con bonomía y ánimo educador, bobadas pretenciosas o balbuceos prematuros que estaba segura de que los mejores libros no son forzosamente los que se redactan en mi barrio; que supo, en definitiva, que una verdadera Editorial Universitaria no es una fábrica de libros, sino la formación, lenta y trabajosa, de un campo magnético cultural. No tengo más pretensión, amigos todos, que volver a esa nobilísima tradición y, si me es posible, continuarla.

Pero no sólo creo en las virtualidades teóricas de una Editorial Universitaria: también creo, al igual que el señor Rector, que la Universidad Nacional Autónoma de México puede y debe convertirse en una fuerza editorial decisiva dentro del mundo de nuestra lengua. Para ello contamos con un fondo editorial que, en muchos renglones, es único. No carecemos de técnica y, sobre todo, poseemos una envidiable vitalidad institucional. Habrá, entonces, que pasar a nuevos modos de organización. La situación es propicia. Es una apuesta emocionante y digna. Si se gana, todos habremos ganado.

No quiero, *no debo* concluir a estas cuartillas sin recordar, con afecto y con gratitud, a quienes me precedieron en estas preocupaciones editoriales. Permítaseme la divina arbitrariedad de sólo mencionar a unos cuantos universitarios impecables que, por fortuna, son mis amigos: Beatriz de la Fuente, Rubén Bonifaz Nuño, Jaime García Torrès y Henrique González Casanova.

Dice Borges que "el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación". Es verdad y me gusta recrear ese momento milagroso en que un hombre abre un libro y lee y piensa lo que *otro* hombre ha pensado. Es un acto que nos une, que vence al tiempo, que nos hace conocer los pequeños secretos de otros hombres, que nos introduce a la inmensa memoria colectiva de la especie. Colaborar en la formación de ese instante mágico es, sin duda, un privilegio. Le agradezco la oportunidad, Señor Rector. Muchas gracias.

Alejandro Rossi

DE ARTES PLASTICAS

ALFREDO CASTAÑEDA: PARODIA DE LA ILUSTRACION

En los orígenes de la Era Cristiana, la pintura se realizaba en códices manuscritos que constituyeron el antecedente del libro moderno. En ellos la imagen visual iluminaba al texto rodeándolo o ubicándose paralelo a él. A lo largo de los siglos, esta forma de arte que muchas veces ejercieron los monjes, y que está celosamente conservada en las principales pinacotecas del mundo, permanece como el más fiel testimonio de los temas y estilos ejecutados en los distintos centros, desde el antiguo Egipto hasta las Galias, desde los países del norte de Europa hasta Francia e Italia.

Posteriormente, cuando se fundó la imprenta, esa escritura artesanal fue reemplazada por ediciones más masivas y el viejo arte de la ilustración continuó acompañando al discurso lingüístico. Pero si antes se hacía necesaria la presencia de dos manos: una para dibujar y la otra para escribir después, una de esas manos fue destituida por la máquina que fabricaba palabras y la otra terminó por desaparecer también en la reproducción impresa de las pinturas. Y aún hoy, ¿quién de nuestros contemporáneos no recuerda las magníficas estampas que surgían, de pronto, entre las páginas de las lecturas de infancia y adolescencia? ¿Y cuántos quisieran recobrar, de algún modo, el placer de observarlas y recrear, asimismo, las historias que revelaban esas lecturas? ¿O, de otra manera, y por alguna fórmula alquímica, efectuar un recorte en el tiempo para convertirse en uno de esos monjes que laboriosamente engendraban las formas y palabras en los antiguos rollos?

Un pintor mexicano, Alfredo Castañeda, se aventuró en la experiencia. Pero la forma concreta que adoptaron sus ilustraciones es —además de un